

CAPÍTULO 2

INVESTIGACIÓN EN COMUNICACIÓN SOCIAL: TENSIONES PRESENTES EN LA CONFORMACIÓN Y REDEFINICIÓN DEL CAMPO

Roberta Valdés y María Julia Fedeli

La investigación en el terreno de la comunicación social se ha ido desarrollando, definiendo y consolidando como un campo con especificidad propia dentro del contexto más amplio de las ciencias sociales, a la par que se fue construyendo históricamente el objeto de estudio de la comunicación. En otros términos, y tal como ocurre en campo de la ciencia, metodología y objeto se implican mutuamente en el proceso de construcción dialéctica del conocimiento.

En el terreno particular de la comunicación, la perspectiva comunicacional ha ido reclamando su legitimidad como campo de estudio específico al mismo tiempo que se iba delimitando, complejizando y re-definiendo el objeto concreto de la comunicación social: desde los medios masivos a las prácticas sociales, pasando por ámbitos intermedios como la industria cultural, el folklore y la cultura popular, la política y las instituciones sociales. En todos estos espacios, la dimensión comunicacional emerge constituyéndose como una disciplina transversal que cruza la cultura, ámbito de construcción social del sentido a través de las prácticas de interacción de los sujetos.

Retomando uno de los postulados básicos de Ferdinand de Saussure, el sociólogo Pierre Bourdieu afirma y explica cómo el objeto científico se construye a partir de la mirada particular del investigador:

El punto de vista –dice de Saussure- crea el objeto. (...) la investigación científica se organiza en torno de objetos construidos que no tienen nada en común con aquellas unidades delimitadas por la percepción ingenua (...)” (Bourdieu, Chamboredon y Passeron:51 y 52).

En este sentido, explica luego:

“(…) Un objeto de investigación, por más parcial y parcelario que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una problemática teórica que permita someter a un sistemático examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados. (Bordieu, Chamboredon y Passeron, 1975: 54)

Ahora bien, este proceso de construcción del objeto de estudio de la comunicación social y la definición de sus métodos propios de abordaje del campo concreto, se ha ido desarrollando históricamente como un proceso complejo que vale la pena revisar y retomar para comprender algunos de los debates actuales y, a la vez, los principales desafíos en el terreno comunicacional.

En este sentido, y respecto de la problemática de las ciencias sociales en el contexto actual de globalización, Renato Ortiz afirma:

El pasado es el presente que se manifiesta en el arsenal de conceptos con que operamos, en los tipos de investigaciones que realizamos, en la bibliografía que seleccionamos, en las técnicas que empleamos, etc. (...) El arte consiste en entender la tradición como punto de partida, en la cual sólo enraizamos nuestra identidad, sin que por ello quedemos prisioneros en su rigidez. Comprender la tradición es, pues, superarla; dar continuidad a la constitución de un saber que no es estático ni definitivo. (Ortiz, 1999:21)

De los medios masivos a las prácticas sociales

De esta manera, desde el surgimiento y expansión de los medios masivos en las décadas del 20 al 70, el estudio de la comunicación quedó bajo la órbita de los medios, constituyendo un objeto bien delimitado dentro de la sociedad y la cultura.

En este contexto, se desarrollaron teorías y estudios acerca de los “efectos” y consecuencias de los medios masivos en la sociedad centradas en dos paradigmas provenientes de distintas escuelas. Por un lado, la Escuela de Frankfurt con la Teoría Crítica, la hipótesis de la Industria Cultural y la Teoría de la Dependencia económica y cultural derivada de la economía política. Al mismo tiempo, y en el marco de la corriente empirista norteamericana a comienzos del siglo XX, se desarrollaron la Escuela de Chicago, con estudios

sobre los efectos e influencias de los medios masivos –prensa escrita, radio y televisión-, y la Mass Communication Research, con las teorías de la aguja hipodérmica, de la persuasión y de los efectos limitados, además de la Teoría Matemática de la Información, entre las más significativas.

Dentro de este marco académico, la metodología y técnicas de investigación giraban en torno de los estudios de audiencias y públicos con estudios de rating y encuestas de opinión, análisis de publicidades y propaganda política a través de los medios masivos.

En los años siguientes surgieron nuevas líneas de análisis respecto de los medios, cambiando la mirada y poniendo el acento en la *recepción* de los mensajes, en el *uso* que los sujetos hacen de los mensajes mediáticos y en su rol activo para la interpretación del significado. El primer paso en este sentido fue la corriente de los “usos y gratificaciones” dentro de la sociología funcionalista y en la tradición de la Mass Communication Research.

Junto a esta corriente, y ya hacia la década del 50, los Estudios Culturales ingleses comenzaron a abrir el espectro de la comunicación a partir de una concepción amplia y compleja de la cultura, tal como la define Raymond Williams, para quien el universo simbólico es el conjunto de acciones de los miembros de una sociedad que adquieren un significado y un sentido. Esta idea junto al concepto de hegemonía constituyeron la denominada teoría material de la cultura, que contribuyó a extender la investigación comunicacional al terreno más amplio de la totalidad de universo simbólico y los grupos sociales, surgiendo estudios de género, generacionales, étnicos, entre otros.

La investigación en el contexto latinoamericano

En América Latina, este proceso de construcción del objeto de estudio de la comunicación se enriqueció con los aportes de sus investigadores y escuelas, en el marco del *contexto histórico* particular de los países de la región.

Partiendo del recorrido que realiza Washington Uranga, en la década del 70 las líneas de análisis en comunicación social estuvieron orientadas hacia la propuesta de “políticas nacionales de comunicación” que alternaron entre dictaduras y democracias, con una concepción funcional de la comunicación al servicio del estado, pero en donde el campo popular y alternativo comienza a cobrar peso en el debate acerca de la necesidad de una comunicación más participativa.

Hacia los años 80, y en el contexto de dos procesos contradictorios tales como el regreso a las democracias y la penetración del neoliberalismo mundial en América Latina, la mirada acerca de la comunicación pasó a estar ligada a una *concepción democrática* y a la necesidad de “planificación de los procesos comunicacionales” en pos del *desarrollo humano* de los países de la región. Como señala Uranga, los aportes vinieron aquí tanto desde el campo académico de la *escuela latinoamericana de la comunicación* y las *universidades*, como desde aportes alternativos de comunicación provenientes del *ámbito político y popular* (Uranga, 1997).

En la misma línea de análisis, Jesús Martín Barbero toma como punto de partida del cambio y transformación del objeto de estudio de la comunicación a la *situación latinoamericana* de mediados de los años `80, más que a las limitaciones de los anteriores modelos teóricos, situación a la que describe como “a medio camino entre un subdesarrollo acelerado y una modernización compulsiva” (Martín Barbero, 1987: 203).

De esta manera, el autor explica y sintetiza el cambio de perspectiva en la construcción del objeto de estudio y las investigaciones en comunicación:

Durante un tiempo el trabajo consistió en indagar cómo nos manipula ese discurso que a través de los medios masivos nos hace soportable la impostura, cómo la ideología penetra los mensajes imponiéndole desde ahí a la comunicación la lógica de la dominación. (...) Pero ya entonces –y estoy hablando desde hace diez años- algunos comenzamos a sospechar de aquella **imagen** del proceso en la que no cabían más figuras que las estrategias del dominador, en la que todo transcurría entre unos emisores- dominantes y unos receptores-dominados sin el menor indicio de seducción ni resistencia, y en la que por la estructura del mensaje no atravesaban los conflictos ni las contradicciones y mucho menos las luchas. (Martín Barbero, 1987:9)

Este autor fue quien mejor definió el nuevo objeto de estudio de la comunicación a partir de este diagnóstico, introduciendo el concepto de “mediaciones” con el consiguiente cambio al nivel de la metodología de investigación, demostrando la necesidad de pasar “de los medios a las mediaciones”:

Fue así como la comunicación se nos tornó cuestión de mediaciones más que de medios, cuestión de cultura y, por tanto, no sólo de conocimientos sino de reconocimiento. Un reconocimiento que fue, de entrada, operación de desplazamiento metodológico para re-ver el proceso entero de la comunicación desde su otro lado, el de la recepción, el de las resistencias que ahí tienen su lugar, el de la apropiación desde los usos. (Martín Barbero, 1987: 10)

Estos procesos constituyen, entonces, el campo de las *mediaciones*, es decir, “los dispositivos a través de los cuales la hegemonía transforma desde dentro el sentido del trabajo y la vida de la comunidad” (Martín Barbero, 1987: 207).

Este planteo abrió nuevos espacios para la investigación comunicacional: diversas manifestaciones urbanas como los graffitis, las instituciones y organizaciones barriales, las fiestas populares y ceremonias rituales, las poblaciones indígenas, la recepción de las telenovelas, entre otros.

Washington Uranga retoma esta nueva perspectiva al describir el escenario de la investigación comunicacional a partir de los años 90, donde se da una conjunción de académicos y estudiosos de la comunicación por un lado, y organizaciones sociales que habían desarrollado experiencias de comunicación popular, en una síntesis integradora que permitiera avanzar tanto al nivel teórico-académico como de las prácticas comunicacionales en el terreno de lo institucional y lo popular.

Estas tendencias marcan un punto de inflexión en donde el énfasis deja de estar puesto en el uso meramente instrumental de los medios y tecnologías de comunicación, para situarse en el centro mismo de la cultura y las prácticas sociales:

Entendemos la comunicación –explica Uranga– como todo proceso social de producción de formas simbólicas, considerando tales procesos como fase constitutiva del ser práctico del hombre y del conocimiento práctico que supone este modo de ser. (Uranga, 1987)

Así entendida, la comunicación se desplaza hacia las *prácticas sociales* de los sujetos, prácticas que se desarrollan también en el interior de las instituciones y organizaciones. En otros términos, el objeto de estudio de la comunicación queda definido por los *procesos comunicacionales*, esto es, las prácticas sociales en las que se llevan a cabo *procesos de producción de significaciones* que llevan a la *construcción social del sentido*.

De esta manera, el *discurso* dentro del universo simbólico pasa a ser el eje del análisis, y así lo explica Washington Uranga:

Los sujetos se constituyen individual y colectivamente enmarcados en un determinado **universo simbólico**, una trama discursiva en la que ciertos sentidos institucionalizados aparecen operando en la forma del ser y actuar social. Por lo tanto, se hace preciso adoptar una concepción del sujeto en relación con los discursos que lo constituyen, un sujeto sujetado en el lenguaje. (Orozco Gómez, 1997)

A través del lenguaje se manifiesta la cultura, concebida como la materialización de las prácticas sociales.

Nuevas orientaciones en el estudio de la comunicación

Retomando el planteo inicial acerca de la relación necesaria y dialéctica entre recorridos de la investigación metodológica y construcción del objeto de estudio en comunicación, Guillermo Orozco Gómez señala las principales problemáticas de las líneas de investigación en las últimas décadas, a las que sintetiza en lo que caracteriza como un esfuerzo “pragmáticamente híbrido”, en el que confluyen los estudios empíricos norteamericanos con la mirada crítica europea (profundizada como herencia del contexto histórico de los años 70). Hacia comienzos de los 90, se suma a esta característica la “aparente desideologización” de los estudios comunicativos, perdiendo la perspectiva ideológica de las clases.

Ahora bien, según detalla Orozco Gómez:

Esta situación de **hibridación** y **aparente desidologización** está acompañada de una falta de reflexión teórica y metodológica seria, pues el esfuerzo investigativo prevaleciente en la década no se caracteriza por llevar a cabo una **vigilancia epistemológica** (Bordieu, 1978; Vasallo, 1994), situación que se ha her edado desde el inicio de la investigación comunicativa y que está presente hasta nuestros días, manifestándose en la **politización** del discurso sobre comunicación (Lull, 1997). (Orozco Gómez, 1997:130)¹

Sin embargo, el autor señala algunas perspectivas “productivas” en la investigación actual latinoamericana, entre ellas, la perspectiva de las mediaciones, de la cultura y comunicación, de la educación para la televisión, y otras temáticas “emergentes” tales como comunicación y ciudad, nuevas tecnologías, los estudios de género, el derecho a la comunicación, la violencia y la comunicación, la globalización, política, discurso y poder, entre las más destacadas.

Ahora bien, en función de la *productividad* de estas nuevas corrientes de investigación, Orozco Gómez señala:

Lo anterior significaría trascender los temas, en tanto **items** de un mapa preliminar, para construir auténticos **objetos de estudio** en el campo comunicativo, desde donde se entrecruzan y se integren perspectivas, teorizaciones y racionalidades de indagación, que permitan recrear interconectadamente aspectos del comunicativo buscando su transformación. (Orozco Gómez, 1997:131)

Esta mirada integradora conlleva la transformación constante en el objeto de estudio y en las corrientes de investigación en comunicación social. Asimismo, refleja el recorrido histórico de los procesos comunicacionales, particularmente en América Latina. Sin perder de vista la ya indiscutida y consolidada *perspectiva comunicacional* dentro del campo de las ciencias sociales, debemos ser capaces de reconocer la especificidad y potencialidad de la comunicación para la comunidad: la posibilidad de *cambio* y *transformación sociocultural*.

¹. Según el autor, esta falta de “rigor” en la metodología de investigación social se evidencia “(...) en la precaria construcción de objetos de estudio, la ausencia de definición de problemáticas y preguntas claras de investigación y la falta de explicitación de los procesos, decisiones y técnicas de recolección de información (...)”. Todo ello redundó en un “*ensayismo sustituyente*” con una perspectiva descriptiva en detrimento de la analítica e inductiva (pág. 82).

Los investigadores de la comunicación – afirma en este sentido Orozco Gómez- tampoco podemos perder el **derecho a formular utopías**. La recuperación crítica del pasado de nuestras prácticas investigativas y el análisis de nuestras propuestas de investigación del presente, son dos estrategias que permiten sedimentar imágenes probables del futuro que buscamos hacer realidad en el campo de estudios de la comunicación. (Orozco Gómez, 1997:192)

De esta manera, la comunicación se constituye como la parte *dinámica* de la cultura, cobrando los procesos comunicacionales un sentido *transformador* y, parafraseando a Orozco Gómez, con una finalidad *prospectiva y crítica constructiva*, ligado al terreno de las *utopías* en el sentido de “desarrollos posibles”.